

Editorial: Las verdaderas necesidades

Por Carlos-Roberto Peña-Barrera (editor general)

¿Cuál será la mejor manera de saber con certeza que lo que alguien quiere es una necesidad o un capricho? En otras palabras, ¿cómo se puede saber si algo se necesita o no?

Para ello, vale la pena preguntarse más cosas, a fin aterrizar al campo real ese mundo de ideas articuladas a las emociones y los sentimientos. Primero que todo, digamos que algo que se llame de verdad necesidad es porque es bueno y agradable, porque suple lo tangible e intangible, porque permea más allá del ser para brindar benignidad a los demás y no busca afectarlos negativamente. Esa sería la premisa, aunque podrían agregarse más cosas.

Segundo, porque tendrá trascendencia positiva: sacia, agrada, alegra, da paz... Como hemos escuchado decir: "Estoy pleno".

Sin embargo, estamos constantemente bombardeados por los medios y la sociedad con respecto a nuestra "eterna" falta de plenitud. Esa es la razón por la que enormes cantidades de recursos y artimañas se usan para hacernos creer que siempre hay algo mejor y que lo que tenemos no nos suple, no nos da plenitud.

Las estrategias son muchas y arremeten sin piedad contra cualquier persona, de cualquier edad, de cualquier raza o sexo... La búsqueda constante de ganar y ganar se hace carne a través del consumo insaciable, incontrollable. Por eso escuchamos y vemos que tal o cual cosa dice ser "mejor" que otra. Es una pelea que no pareciera tener fin. Así, quien recibe el mensaje sin analizarlo, puede caer en la trampa fácilmente.

Adquieren el aparato, la fragancia, el calzado, el vestuario, la vivienda, el vehículo... con recursos que no tienen sino que les prestan, para sentirse como otros quieren verlos, ni siquiera porque de verdad los llene. Es totalmente superficial.

La lucha se tiene en los hogares. Padres conscientes de semejante engaño lidian por informar y formar a sus hijos sobre estas pequeñas pero peligrosas cosas. Advierten sobre lo importante de la calidad, no de la marca; sobre lo importante del mensaje, no por donde se emita; lo importante de quien es, no de cómo se vista o lo que tenga. Naturalmente, fuera de los hogares, no hay nada más que tener paciencia y confiar en que interiorizarán dicha formación para enfrentar el mundo con sus superficialidades de inagotable consumo.

Hace pocas semanas que estuve reunido con un amigo, que perfectamente podría ser mi abuelo, le escuché decir con total honestidad su falta de plenitud. Se hacía preguntas, preguntas importantes: "¿En realidad no sé qué he hecho de mi vida? ¿Qué más tengo que hacer?" El diagnóstico externo es el siguiente: tiene varias propiedades en y fuera de la ciudad, vehículos, varios títulos, "amigos", gente a su alrededor, los bolsillos llenos para adquirir lo que le antoje. ¿Por qué no está pleno, si tiene lo que la sociedad dice que se debe tener?

Hace un par de días, al hablar con un amigo, también mayor, le preguntaba sobre si había adquirido su otro título de doctorado. Su respuesta fue franca, la de un hombre consciente. Me dijo que no lo hacía por el título como tal sino por un compromiso moral y ético con su prójimo. "Vaya", me dije, "eso sí suple y da plenitud: pensar en el otro y dar lo mejor por esa persona".

No obstante, ese es un caso entre diez mil... En una palabra: contracultura. Y diría más: contrasociedad.

La contrasociedad es ganar las cosas con esfuerzo propio, no "untando la mano" de otros; es alcanzar la meta con sudor, no amenazando al prójimo; es pensando en los demás, no solo en el yo.

¿Se puede hacer? Claro que sí. ¿Cuesta? Por supuesto, y mucho, por no decir todo.

¿Por qué creen que el que tiene los bolsillos llenos tiene "muchos" amigos; pero cuando ya no los tiene, nadie le queda?

Interés.

Exactamente. El interés, sumado al egoísmo, es la bomba atómica que tiene a la sociedad así: insaciada, superficial, en una anorexia y bulimia mental de lo más absurdo.

Puede que para muchos suene poético e inverosímil, pero debe ser lo que rescatemos desde lo más profundo de nuestro corazón: aceptar al otro por lo que es, no por lo que tiene, viste, calza, come o va.

Al hacerlo, estaremos preparados para crucificar el racismo, sectarismo, y totalitarismo de consumo. Volver la espalda a ello es abrazar al prójimo mientras el corazón se vuelve puñal que busca su destrucción; sonreír y apretar la mano mientras la mente le está insultando con las más bruscas palabras; es "escucharlo" y "mirarlo" pero pensando en que se está perdiendo el tiempo.

La contrasociedad es amar sufriendamente mientras se perdona cada día a quienes nos tratan de manera contraria. Eso no es fácil. Somos de carne. Pero lo podemos hacer si dependemos de las fuerzas de quien da vida a todas las cosas. Porque así como nos llega sin pedirla, se nos quitará sin que podamos hacer nada al respecto. Y en el allá, no habrá oportunidad para regresar el tiempo y cambiar lo ocurrido.

Hoy, ya, mientras podamos diferenciar entre el capricho y la necesidad y optar por aquello que no genera más hambre ni más sed, considero que resucitaría la paz, unidad, sinceridad... bienestar social.

Al dejarnos ganar por el capricho, le damos más fuerzas a quien pesca a diario con el anzuelo del consumo que no alimenta y, por el contrario, nos deja desnutridos, con más hambre y más sed. Adictos al yo y al qué dirán.

Así, mientras podamos dar, compartir, sonreír... hagámoslo, por encima de las voces, las miradas, las patadas y los despidos.

Creo que no hay cosa más hermosa y gratificante que suplir la verdadera necesidad del otro por encima de mis propias necesidades. Hacerlo se requiere de valentía y de muchas más cosas que se resumen en una palabra que hoy en día han despojado de su verdadero significado, amor.

Creo que eso es lo que le faltaba a mi amigo. Tenía todo, pero no amor, amor verdadero y desinteresado. Mi otro amigo alcanzaba su otro título no por ganar más dinero, ni prestigio ni respeto... por amor a alguien que le dio la oportunidad de suplir su necesidad.

Con todas estas reflexiones solo me queda darle las gracias a quien me ha dado amor verdadero y a todas aquellas personas hermosas que están a mi lado, a todas las mujeres cariñosas que dan su tiempo para esta revista y a aquellos que aportan su grano de arena en los muros de otros, aunque no tengan suelo todavía para edificar los suyos.